



**HACER CONSCIENTE  
LO QUE ESTÁ INCONSCIENTE**

**-A propósito de un libro sobre "Religiosidad Popular"-**

El padre Ignacio Pinedo nos ha escrito un libro abre-los-ojos, una cala, un sondeo en la religiosidad popular del nicaragüense que, si se medita, resulta una verdadera lección de historia y un valiosísimo aporte para el descubrimiento de nuestra propia identidad colectiva. El libro se titula "RELIGIOSIDAD POPULAR —su problemática y su anécdota"— y su tema es la fiesta de Santo Domingo de Managua. En la primera parte el autor recoge y expone documentalmente la tradición popular de las citadas fiestas, su origen legendario, el desarrollo de la romería y sus características y luego su deformación: verdadero escándalo de fuerzas e intereses que se unen para pervertir o degradar esa manifestación religiosa de nuestro pueblo. En la segunda parte eleva la anécdota nicaragüense a categoría universal y la estudia en forma comparativa con otras manifestaciones de religiosidad popular de España y Latinoamérica, a la luz de la teología de la liberación.

Todos los que han comentado el libro se solidarizan con el autor en su vehemente y muy justa condena de la deformación sufrida por las fiestas de Santo Domingo. El padre llama a esta tradición religiosa y folklórica: "Una joya cubierta de lodo". Donde varían las opiniones es respecto al valor de la joya. La mentalidad que se cree científica, o que se estima moderna, racional y práctica, desprecia este tipo de manifestaciones populares como expresiones de incultura, de "atraso", o, a lo sumo, como restos pintorescos de una barbarie todavía flotante en nuestro analfabetismo ambiental. Con más violencia todavía, cierta mentalidad religiosa moderna reacciona hostil considerándolas como rémoras supersticiosas. Y en la misma medida y con la misma superficialidad, gentes que se dicen formadas por el materialismo dialéctico, las condenan como ejemplos de alienación.

Yo creo que todos estos criterios lo que revelan es el profundo conflicto cultural y social de nuestra sociedad mestiza que ha dejado ahondar un abismo de incomprensión entre la mentalidad de las élites y la mentalidad popular. Por eso me parece interesante que —como comentario al libro del Padre Pinedo— realicemos un análisis de las estructuras de la tradición de Santo Domingo. Tal vez así salvemos el abismo y se nos revele, siquiera un poco, el profundo contenido socio-religioso de su mensaje popular.

Cuando uno se enfrenta con una tradición auténtica, que ha resistido años repitiendo sus formas estructurales y que cada día atrae mayores multitudes, lo que cabe preguntarse en primer lugar es: ¿qué quiso o qué quiere manifestar el pueblo a través de esos actos y símbolos que parecen tan arraigados en su alma colectiva?

En todas las edades y civilizaciones, el pueblo bajo y marginado nunca ha recurrido ni puede recurrir a discursos lógicos o a pruebas y argumentos científicos para expresar sus anhelos y protestas o su voluntad histórica. La marginación que sufre le veda esos medios de expresión colectiva. Para manifestarse usa un lenguaje mítico, o fabuloso o de actos simbólicos que es tan auténtico y válido para transmitir su mensaje como puede serlo el lenguaje de la publicidad moderna con sus logotipos, imágenes y "slogans".

Sobre esta base de comprensibilidad analicemos las estructuras de la tradición de Santo Domingo de Managua.

Como todos sabemos el verdadero patrono de Managua era y es Santiago, el símbolo, para los españoles de una religión conquistadora. El culto a Santiago significaba, en cierto modo, el de la religión "oficial" y para el instinto histórico del pueblo nicaragüense —mayoritariamente indígena— simbolizaba todos los factores y elementos de una dominación que lo marginaba. Entonces surge el otro mensaje: un carbonero, un "pobre", se encuentra la imagen de otro santo en Las Sierritas, es decir, en la periferia indígena y marginada y este santito, por medios milagrosos, da a entender su voluntad de ser venerado en la forma y lugares que el pueblo prefiere y juzga más suyos. El arranque mismo de la tradición ya nos indica algo importante: un cambio de lugar como fuente de la gran popularidad que va a adquirir el culto a Santo Domingo: el pueblo manifiesta su preferencia por el santo de la periferia, sobre el santo del "centro".

Definámosnos ahora a observar

cómo se trama la tradición:

1º) El santito encontrado por el carbonero en un palo de Madero Negro, es llevado a la Iglesia de Veracruz de Managua y por tres veces, mágica o milagrosamente se vuelve a Las Sierritas, el lugar indígena y campesino. Las tres negativas son la metáfora de una afirmación: quiere estar con el indio, con el campesino. O lo que es lo mismo: el indio y el campesino, no se sienten expresados o realizados en la religión "oficial".

2º) El cura de la iglesia de Veracruz, siguiendo la voluntad del santito, sugiere que traigan la imagen una vez al año para sus fiestas y luego se vuelva. Así nace la "traída" y la "dejada", una devoción peregrina, romera, típicamente popular.

3º) La leyenda agrega que el cura les ordena celebrar al santito o a Minguito (el diminutivo es el tratamiento reverencial propio del indio, sobre todo del nahuatl) "con alegría", con sus músicas y bailes y con "respeto y cariño". Es decir, el mandato es dar salida en la devoción al espíritu alegre del nicaragüense.

4º) La traída y la llevada da lugar a otro acto de profundo simbolismo: la población serrana toma como rito a su cargo la limpieza de la mitad del camino, hasta La Mora. Desde ese lugar hasta Managua es la población urbana la que se encarga de limpiar la otra mitad del camino. El símbolo no puede ser más hermoso y expresivo: el camino de la religiosidad popular —es decir, el de su alma profunda donde anidan sus ansias de liberación— es un camino que tienen que limpiar y recorrer unidos los dos sectores de la población marginada: el urbano y el campesino.

Si el nacimiento de la tradición de Santo Domingo, según los testimonios que recoge en su libro el Padre Pinedo, coincide con los años en que Managua se perfila o nace como Capital de la República, el simbolismo y la intuición del pueblo que creó tal tradición, adquieren un significado todavía más luminoso para nuestra historia, porque le traza un destino a Managua: su capitalidad no puede encerrarse en un centro (o en un centralismo) sino abrirse al campo, a la periferia y ser la cabeza de un país agrario.

Hay muchas otras metáforas, símbolos e imágenes en el discurso mítico del pueblo managüense expresado en su tradición agostina: su folklore específico, el baile de las vacas, la vieja costumbre de las carretas y montados, el barco, las visitas del santo a los mercados Central y San Muguel, el baile como oración, el significado de las promesas y de los promesantes, etcétera. No tengo espacio para analizarlas, pero basta su enumeración para por lo menos vislumbrar la riqueza del lenguaje del pueblo. Desgraciadamente, en vez de hacer consciente lo inconsciente, en vez de darle todo su desarrollo cultural a ese mensaje ingenuo y hermoso elaborado por nuestro pueblo a través de años; en vez de dignificarlo cada vez más, utilizándolo como base para una pastoral liberadora, o, por lo menos como una manifestación digna y pura de nuestro folklore; lo hemos degradado, hemos luchado (contra la fe del pueblo) por pervertirlo; hemos desatado (con la fuerza del poder y de la riqueza) una contracorriente de degradación, una trampa perversa que espera al pueblo en la puerta del templo para desviar su religiosidad hacia el prostíbulo, la cantina o la ruleta de su desplume.

El Padre Pinedo quien, además de escribir este libro lo vivió en sus capítulos más dramáticos y fue el gestor principal del saneamiento de las fiestas en 1965, propone una solución muy simple: que se aplique la ley. (Hay una ley de Gubernación que prohíbe prostibulos, cantinas, ventas de licor y juegos de azar junto a los templos o en el trayecto de la romería)

Pero ¿quién no sabe que en Nicaragua tenemos excelentes leyes? Hay muchas cosas prohibidas; casi todo lo que puede ser malo está prohibido por la ley, menos hacer negocio con la prohibición. Y es en este aspecto q' la tradición habla otra vez con el lenguaje mudo e imaginario del pueblo. Junto al promesante de rodillas, el borracho caído sobre su vómito. Junto a la mujer que reza, el picado que hiere a puñal. El pueblo que quiere redimirse —que limpia el camino— y esa fuerza que no lo deja. ¡Esa fuerza! Esa que tiene un símbolo: el prostíbulo junto al templo!

PABLO ANTONIO CUADRA